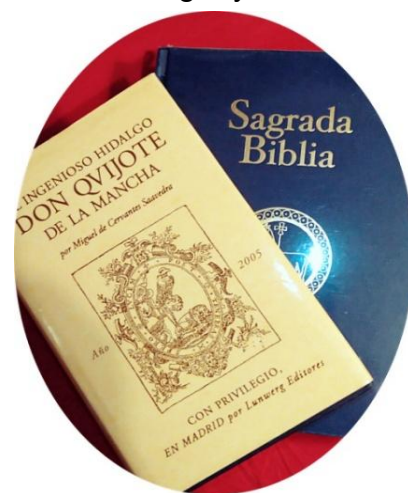




LA BUENA FE *y el banco*

Tal vez te hayas preguntado por la buena fe, por quien o quienes obran de buena fe. La fe es la verdad revelada en que se cree, considerada objetivamente, la adhesión personal a esa verdad. La fe es posible gracias a la ayuda del Espíritu Santo, es una respuesta libre, razonable y total, confiamos nuestro futuro a Dios. En teología y en filosofía encontraremos Fe y Obras, Fe y Orden. También las acciones inspiradas por la fe y el Espíritu Santo como orar, ayunar, dar limosna, proteger a los débiles, visitar a los enfermos, practicar la hospitalidad, construir fraternidad.... las podemos considerar como *buenas obras*.

Alonso Quijano, el *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, tiene fe en sus ideales. Sancho Panza en los episodios donde gobierna la Ínsula de Barataria demuestra sabiduría y buena fe. En *El Señor de los Anillos* vemos una fe inquebrantable en buscar el Bien. En Proverbios 14 vemos como la rectitud del ser humano se pone en relación con Dios: obrar rectamente es señal de respeto y ese respeto pasa por la relación con el prójimo, entonces la relación con Dios es correcta. En Mateo 7, 16 leemos «Por sus frutos los conoceréis» Esto lo vemos también en Lucas 6, 46-48. Porque tantas y tantas veces decimos pero no hacemos.



La iglesia, sostiene, conduce y alimenta mi fe.

Ocurre como nos contó J. Ferrero en *Mi banco* que las costumbres, los ritos, nos dan seguridad. Se suele decir que el hombre es animal de costumbres. Y es cierto. Hay como una tendencia a repetir gestos, movimientos, horarios...Solemos sentarnos en el mismo lugar para comer o para ver la televisión, ir a la misma cafetería, consumir la bebida de siempre, pasar por las calles de toda la vida... Las costumbres pueden crear hábitos positivos: ofrecer estabilidad emocional, facilitar tranquilidad de espíritu, ser fuente de gozo sereno... “El hombre entero se hace de cosas repetidas”, señala el poeta leonés Victoriano Crémer.

El misionero Juan Bautista Jañez se disponía a predicar en la parroquia de Sa Paio (La Coruña). Eran las diez de la mañana. Hacía frío y había humedad. No habían acudido muchas personas. El misionero, al comienzo de la homilía, invitó a los presentes a acercarse al altar, pues estaban desperdigados por el templo. Contestación inmediata de algunas personas: “Cada uno está en su banco”; “este es mi banco de siempre” ...

Parecía que el misionero no lo iba a tener fácil para convencerles, pero insistió. Ofreció argumentos para acercarse... Nada.

Otra persona comentó: — “Si no estoy en mi banco, me cuesta rezar”.





La batalla estaba casi perdida, pero el P. Jáñez jugó su última baza: — “¿Quién de ustedes, al ser invitado a comer, se sienta lejos de la mesa y de los demás invitados?”.

No hubo respuesta, pues recapacitaron y las pocas personas que había en el templo se sentaron juntas cerca del altar. El misionero pudo predicar feliz.

Pero en la celebración de la tarde de ese mismo día, nos dimos cuenta de que, si el misionero había ganado la batalla de la mañana, parecía que había perdido la guerra, pues la gente volvía a su banco de siempre ...

No obstante, en honor a la verdad, sin insistir más en el tema, pude observar cómo la gente se iba acercando cada vez más al altar en las celebraciones de los días siguientes.

La batalla del misionero no fue en balde.

Aquella gente de la parroquia gallega tenía y tiene sus costumbres, pero existía y existe una ventana abierta en sus vidas hacia lo novedoso. Es necesaria cierta capacidad para el asombro: estar abiertos para percibir lo hermoso que nos ofrece el misterio de la vida. Y es necesario dejar, al menos, un resquicio para Dios. Cuando entra, nos acerca a Él y a los demás, como las personas de la parroquia de San Paio que se unieron para estar cerca del Altar.



Yo también suelo ocupar casi siempre el mismo banco: *mi banco*; es un hábito, una costumbre, me da cierta “seguridad”, pero la seguridad está con los demás.

Nuestro amigo Pepe Roldán nos cuenta que ... La culpa es del banco

La culpa era del banco

José Francisco Roldán Pastor

Todas las mañanas Manolo bajaba al jardín frente a su casa y tomaba asiento en un banco tapado por la sombra de aquel pino con el que estaba familiarizado. Su relación con el banco se remontaba a los primeros años setenta, fechas en las que cambiaron la ubicación de la estación del tren. Una gran extensión de terreno, hasta entonces baldía, quedó urbanizada para el acomodo de edificios con espacios verdes y en una zona privilegiada cerca del centro.



Las raíces de esos enormes pinos levantaban baldosas de las nuevas aceras, donde las familias iniciaron sus vidas. El antiguo lecho de las vías, por donde una vez circularon trenes, conformó otro pulmón urbano, repleto de habitantes caminándolo con fruición en las mejores horas del día. Ese frontispicio urbano, que ofrecía la primera imagen a los viajeros del tren, muy ajado por el tiempo, se fue adecentando con edificios modernos y altos, como los hijos de esos nuevos vecinos repoblando el este de una ciudad manchega.

Manolo tomaba posesión de su banco y escuchaba la algarabía de niños jugado en el patio de un colegio cercano. Media hora amenizada con la banda sonora de aquel recreo diario, que le hacía rememorar cuando sus hijos eran pequeños y ruidosos hasta la exageración. Los echaba de menos, como a su mujer, que lo dejó viudo demasiado pronto, algo a lo que no podía acostumbrarse, por mucho que lo intentaba. No lo visitaban a menudo, y lo entendía, porque la vida se va acelerando, y los problemas de cada casa van solapando el recuerdo de cuando compartían el mismo hogar.



Se arreglaba como podía, que era mal, pero cocinaba y limpiaba lo justo para salir del paso, porque no necesitaba enseñar su casa a nadie. Su nuera Juanita solía solventar periódicamente el abandono de su casa y repasaba lo que mejoraba la higiene.

Se había acostumbrado a su contumaz soledad, aunque solía acercarse al centro de mayores para echar unas partidas de dominó con algunos conocidos del barrio, a pesar de las broncas que le endilgaban cuando cometía un error. En no pocas ocasiones decidía faltar a su cita para esquivar ratos desagradables, que el dominó puede proporcionar.



Y estaba muy bien en su banco, donde solía recuperar sensaciones rememorando vivencias familiares, especialmente reconfortantes. Esa mañana, inopinadamente, una mujer tomó asiento a su lado. La había visto por la zona algunos días, aunque no cruzaron palabra alguna hasta ese momento, en el que sacó el asunto del clima para romper el hielo.

Manolo no le prestó atención hasta que la charla de Julia se fue alargando con su amabilidad. Era mucho más joven que él, pero notaba en ella una cercanía desconocida para un veterano de la vida en soledad intercambiando chascarrillos sobre la necesidad de compañía mutua.

Sin proponérselo, la conversación tan afectuosa se acercaba al horario de comer y la mujer le dijo que no era de allí, que estaba de paso, y no tenía donde ir en esos momentos.

Manolo, sin pretenderlo, cometió el desliz de ofrecerle subir a casa para tomar algo, oferta aceptada sin titubeo. Julia le contó su vida y los problemas que arrastraba agradeciendo su acogida, educación y sensibilidad. Por un momento, parecía una cita amorosa, que Manolo jamás pudo imaginar.

Después de comer tomaron asiento en dos sillones y seguir acercando su familiaridad compartiendo anhelos y maneras de pensar. No había nadie más en la casa, ni se esperaba visita alguna, circunstancia que Julia quiso concretar para sentirse mejor.

Manolo mostraba sus mejores argumentos para agradar a la desconocida, que llegó a su banco sin esperar, pero ignoraba que había sido seleccionado por una buscona profesional.

Le fregó los platos, limpió la casa y repasó el interior asegurando el escenario propicio para actuar, donde un Manolo confiado quedó dormitando en el sofá, mientras en la televisión deambulaban animales salvajes tratando de alimentarse.

No tuvo conciencia exacta de cuánto tiempo estuvo durmiendo, pero al despertar Julia se había marchado; probablemente, no quiso molestarlo.

La que dijo llamarse Julia pareció una mujer atractiva, sencilla y especial, que merecía la pena seguir conociendo, por eso bajaba al banco con la esperanza de verla de nuevo.

Su nuera Juanita, en su visita periódica, le dijo que las joyas de su mujer no estaban en el lugar de costumbre, que ella tenía controlado.

La vergüenza se apoderó por su frustración con el reproche familiar.

La Policía detuvo a la ladrona y recuperó sus joyas.

Manolo aceptó su error, aunque ...

La culpa era del banco.





El abrazo al leproso: camino de misericordia y conversión

«Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado.» (Jn 17,21)

Cuando contemplamos la vida de san Francisco de Asís resulta fácil admirar la originalidad de su vocación. Su pobreza radical, su cercanía a los pequeños, su amor a toda la creación o la fuerza renovadora de su testimonio podrían hacer pensar que recorrió un camino propio, al margen de las estructuras de su tiempo. Sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario. Cuanto más se acercó a Jesucristo, más profundamente amó a la Iglesia. Nunca entendió su vocación como una iniciativa personal ni como un proyecto independiente, sino como una llamada recibida y vivida en el seno de la comunidad eclesial.

También nosotros vivimos un momento en el que la comunión eclesial se ve puesta a prueba. Las polarizaciones, las lecturas ideológicas de la fe y la tentación de interpretar la Iglesia desde nuestras propias preferencias pueden llevarnos a olvidar que la unidad no es un acuerdo humano, sino un don del Espíritu. Corremos el riesgo de hablar más de la Iglesia que de Cristo, de identificarnos con sensibilidades o corrientes concretas antes que con el Evangelio, o de juzgar el Magisterio según coincida o no con nuestras opiniones. Sin embargo, la Iglesia no es una realidad ajena a nosotros: nosotros también somos Iglesia. Precisamente por eso estamos llamados a vivir la comunión con humildad, confiando en el discernimiento que el Espíritu Santo realiza a través de quienes han recibido el ministerio de custodiar la fe y confirmar a los hermanos desde la Sede de Pedro.

Para San Francisco su amor a Cristo le llevó a amar a la Iglesia tal como Él la había querido: con sus riquezas y también con las heridas de cada tiempo. Nunca buscó construir una Iglesia a su medida, ni caminar por su cuenta. Comprendió que seguir a Jesucristo significaba caminar con la Iglesia, escuchar su voz, acoger su enseñanza y permanecer en comunión con aquellos a quienes el Señor había confiado la misión de confirmar en la fe a sus hermanos. Y entendió también que la renovación de la Iglesia no comienza señalando las faltas de los demás, sino permitiendo que el Señor transforme primero nuestro propio corazón. Como respondió con sencillez santa Teresa de Calcuta cuando le preguntaron qué era lo primero que había que cambiar en la Iglesia: **«Usted y yo.»**



Amar a Cristo es amar a su Iglesia

Francisco descubrió la Iglesia como el lugar donde Cristo seguía haciéndose presente y actuando en la historia. Cuanto más se adentraba en el Evangelio, más comprendía que no era posible separar al Señor de la comunidad que Él mismo había reunido. Amar a Cristo significaba amar también a su Esposa, aun sabiendo que estaba formada por hombres y mujeres frágiles, necesitados continuamente de conversión.

Esta convicción marcó profundamente toda su vida. Cuando el Señor despertó en su corazón la llamada a vivir el santo Evangelio con radicalidad, Francisco no emprendió un camino por iniciativa propia ni quiso fundar un movimiento independiente. Se puso en camino hacia Roma para presentar su forma de vida al Sucesor de Pedro y recibir de la Iglesia el discernimiento y la aprobación. Aquel gesto manifiesta una intuición profundamente evangélica: los carismas no nacen para caminar al margen de la Iglesia, sino para enriquecerla desde la comunión.

Por eso nunca entendió la obediencia como

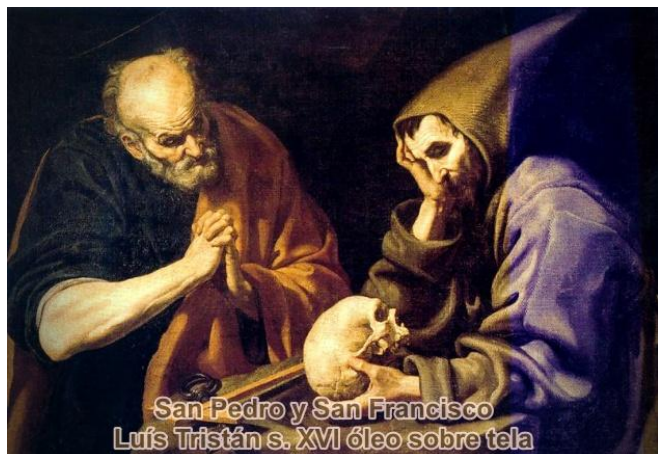
una renuncia a la libertad ni la comunión como un obstáculo para la creatividad. Al contrario, sabía que el Espíritu Santo, que suscita nuevos caminos de santidad, es el mismo Espíritu que guía a la Iglesia.

La verdadera renovación no consiste en construir una Iglesia según nuestros propios criterios, sino en dejarnos renovar nosotros para servir con mayor fidelidad a la Iglesia que Cristo quiso.

Esta misma convicción sigue iluminando hoy la vocación franciscana seglar.

Las Constituciones Generales recuerdan que la espiritualidad del franciscano seglar es **un proyecto de vida centrado en la persona de Cristo y en su seguimiento** y animan a conocer y comprender el Evangelio **tal como lo proclama la Iglesia, con la ayuda del Espíritu Santo** (CC.GG., art. 9). No se trata únicamente de leer la Palabra, sino de acogerla en la comunión eclesial, conscientes de que el mismo Espíritu que la inspiró continúa guiando a la Iglesia en su comprensión y transmisión.

Pedro: principio visible de la unidad



Uno de los rasgos más luminosos de la vida de san Francisco fue su profundo amor al Sucesor de Pedro. En una época marcada también por tensiones, abusos y dificultades dentro de la Iglesia, nunca cayó en la tentación de recorrer un camino al margen de ella. Sabía que el mismo Cristo que había puesto en su corazón el deseo de vivir el santo Evangelio era quien había confiado a Pedro y a sus sucesores la misión de confirmar en la fe a sus hermanos.

Por eso, en 1209, Francisco quiso presentar personalmente su forma de vida al papa Inocencio III y someter al discernimiento de la Iglesia la inspiración que había recibido del Señor. No buscaba tanto una aprobación jurídica —que, de hecho, en aquel momento no llegó por escrito, sino de forma oral— cuanto la certeza de que el camino que estaba comenzando nacía verdaderamente del Espíritu Santo y podía ser acogido como un don para toda la Iglesia. Deseaba la certeza de que el camino que el Señor le inspiraba nacía y crecía en comunión con la Iglesia. Comprendía que los carismas no pertenecen a quien los recibe, son un don del Espíritu para la edificación de todo el Cuerpo de Cristo.

También hoy esta actitud resulta profundamente actual. Vivimos en una cultura que exalta la autonomía y favorece la tentación de construir una fe a la medida de las propias convicciones. También los cristianos podemos caer en el riesgo de acoger solo aquellas enseñanzas del Magisterio que coinciden con nuestra sensibilidad, o de interpretar el Evangelio desde criterios personales antes que desde la fe de la Iglesia. Puede que incluso en el peor de los casos, ignoremos totalmente lo que diga el magisterio y hagamos más caso a la prensa o a las redes sociales. San Francisco nos recuerda que la auténtica libertad no consiste en caminar por nuestra cuenta, sino en dejarnos conducir por el Espíritu Santo en la comunión de la Iglesia. Por eso las Constituciones Generales recuerdan que la formación del franciscano seglar ha de llevarle a **amar a la Iglesia y acoger su Magisterio** (CC.GG., art. 40), y que la formación permanente debe ayudarle

a leer los acontecimientos de la Iglesia y del mundo **iluminados por la fe y por los documentos del Magisterio**, para tomar posiciones coherentes (CC.GG., art. 44).

La comunión con Pedro es mucho más que un sentimiento de afecto hacia quien ocupa la Sede de Roma. Es reconocer en el Sucesor de Pedro el principio visible de la unidad de la Iglesia y acoger el ministerio que Cristo mismo le ha confiado.

Por eso un franciscano seglar procura rezar por el Papa, seguir con interés su ministerio, conocer sus enseñanzas, leer sus encíclicas, exhortaciones y demás documentos, y dejar que iluminen su vida y su misión.

Una visita apostólica, una catequesis o una palabra del Santo Padre no son acontecimientos lejanos, sino ocasiones concretas para crecer en comunión con toda la Iglesia. Así vivió san Francisco, convencido de que la fidelidad al Evangelio pasa también por caminar con Pedro y nunca al margen de la Iglesia.

La comunión libera la creatividad del Espíritu

La vida de san Francisco desmiente la idea de que la comunión limita la libertad o apaga la creatividad. Ocurre justamente lo contrario. Cuanto más unido vivió a la Iglesia, más libre fue para responder a las inspiraciones del Espíritu Santo. Su originalidad no nació de romper con la tradición recibida, sino de vivir el Evangelio con una radicalidad capaz de renovar la Iglesia desde dentro.

Esta sigue siendo una enseñanza decisiva para nuestro tiempo. Todo carisma es un don del Espíritu Santo para el bien de la Iglesia y no un patrimonio de quien lo recibe. Por eso, cuando un carisma se separa de la comunión eclesial, corre el riesgo de perder su fuerza original y convertirse en un proyecto humano. En cambio, cuando permanece unido a la Iglesia, el Espíritu continúa haciéndolo fecundo generación tras generación.

Ocho siglos después, el carisma franciscano sigue vivo precisamente porque san Francisco nunca quiso levantar una obra propia, sino servir a la Iglesia de Cristo con el don que había recibido.

Vivir aquello a lo que fuimos llamados y estamos convencidos que debemos vivir
Estar a la altura de esa vocación
Ser capaces de entregarnos de corazón

La comunión que hace creíble la misión

Cristo envió a sus discípulos como Iglesia y quiso que el anuncio del Evangelio fuera siempre un testimonio de comunión. Por eso, antes de enviarlos al mundo, elevó al Padre una oración que sigue siendo el gran programa misionero de todos los tiempos:

«Que todos sean uno... para que el mundo crea» (Jn 17,21).

La unidad de los discípulos no es un elemento secundario; forma parte del anuncio mismo del Evangelio.

San Francisco comprendió esta verdad con una extraordinaria claridad. Su deseo no era reunir seguidores en torno a su persona, sino conducir a todos hacia Cristo, hacia la conversión y fortalecer la comunión de la Iglesia para que se salvaran las almas. Nunca utilizó el carisma recibido para diferenciarse de los demás ni para levantar fronteras. Allí donde iba sembraba reconciliación, invitaba a vivir el Evangelio y ayudaba a que la Iglesia manifestara con mayor transparencia el rostro de Cristo.

También hoy nuestra misión será creíble en la medida en que esté sostenida por la comunión. Un cristiano que anuncia el Evangelio mientras alimenta divisiones, desacredita constantemente a la Iglesia o

convierte las diferencias en enfrentamientos termina oscureciendo el mismo mensaje que desea transmitir. El mundo necesita testigos que, sin renunciar a la verdad, sepan vivirla con caridad, humildad y espíritu de comunión.

Esta es también la vocación del franciscano seglar. Inserto plenamente en la Iglesia y viviendo en medio del mundo, está llamado a ser instrumento de unidad en su familia, en la fraternidad, en la parroquia y en la sociedad. No alimenta enfrentamientos ni busca protagonismos. Allí donde el Señor lo ha puesto procura construir puentes, favorecer el diálogo, sostener a los pastores con su oración y su cercanía, y recordar con su vida que la comunión no debilita la misión, sino que la hace fecunda. Porque cuando la Iglesia vive unida en Cristo, el Evangelio resulta mucho más creíble para el mundo.

Para nuestra vida

La comunión eclesial no se improvisa; se cultiva cada día. Comienza cuando dejamos de situarnos en el centro para reconocer que la fe no es una conquista personal, sino un don recibido en la Iglesia y del Espíritu Santo que ilumina a ésta. Se fortalece cuando rezamos por el Papa, acogemos con docilidad el Magisterio, participamos activamente en la vida de nuestra parroquia y de nuestra diócesis, y aprendemos a mirar los acontecimientos con los ojos de la fe y no únicamente desde nuestras preferencias o sensibilidades personales.

También hoy podemos caer en la tentación de vivir un cristianismo a nuestra medida: seleccionar aquellas enseñanzas que nos resultan más cómodas, interpretar el Evangelio desde criterios personales o dejarnos influir más por las opiniones y debates de nuestro tiempo que por la voz de la Iglesia. San Francisco nos invita a recorrer un camino muy distinto: permanecer firmemente unidos a Cristo viviendo en comunión con la Iglesia que Él mismo quiso, con mucha humildad, convencidos de que el Espíritu Santo sigue guiándola a través de sus pastores.

Esta llamada interpela también a toda la **Familia Franciscana**. Existe el riesgo de vivir el propio carisma como un mundo casi autosuficiente, centrado en la vida de la fraternidad, de la comunidad o de la Orden, mientras se debilita el vínculo con la Iglesia particular. Sin apenas advertirlo, podemos conocer mejor las iniciativas franciscanas que las orientaciones de nuestros obispos, preocuparnos más por nuestros propios proyectos que por la misión de la diócesis, o vivir intensamente la riqueza del carisma sin sentir como propios los gozos, las esperanzas y los desafíos de toda la Iglesia.





J. Benlliure: "Te adoramos... también en todas tus iglesias..."

San Francisco jamás habría comprendido esa forma de vivir su vocación. Su amor al carisma nunca lo separó de la Iglesia; al contrario, lo llevó a amarla con mayor profundidad. La fraternidad no es una realidad paralela ni un refugio donde aislarnos del resto del Pueblo de Dios. Es el lugar desde el que aprendemos a servir mejor a la Iglesia, colaborando con los pastores, acogiendo el Magisterio y participando activamente en la misión evangelizadora.

También para el hermano y la hermana de la Orden Franciscana Seglar, la Regla y las Constituciones Generales recuerdan que la vocación franciscana solo puede vivirse plenamente en comunión con la Iglesia, acogiendo su enseñanza, colaborando en su misión y haciendo presente el Evangelio en medio del mundo con un auténtico *sensus Ecclesiae*.

La fraternidad local fortalece esta vocación, pero nunca sustituye la pertenencia a la Iglesia; la alimenta y la hace más fecunda. Porque todo carisma nace en la Iglesia, crece en la Iglesia y da fruto para la Iglesia. Cuando pierde esa referencia, comienza lentamente a debilitarse desde dentro.

Conclusión

San Francisco nunca entendió la Iglesia como un límite para su vocación, sino como el lugar donde Cristo seguía llamándolo, guiándolo y enviándolo. Su fidelidad al Evangelio fue inseparable de su amor a la Iglesia, y su extraordinaria libertad brotó precisamente de esa comunión vivida con sencillez y confianza. Cuanto más se unía a Cristo, más profundamente se sentía hijo de la Iglesia; y cuanto más amaba a la Iglesia, más fecundo se hacía su testimonio. También hoy el Espíritu Santo continúa suscitando carismas para el bien de todo el Pueblo de Dios. Ninguno de ellos existe para engrandecerse a sí mismo ni para caminar de forma aislada. Todos están llamados a enriquecer la única Iglesia de Cristo, viviendo en comunión con el Papa, con los obispos y con los demás miembros del Cuerpo de Cristo. Esa comunión no empobrece la identidad de cada carisma; la purifica, la protege y la hace verdaderamente fecunda.

Como recordó **Benedicto XVI**, la Iglesia no es nuestra, sino de Cristo. Por eso no estamos

llamados a reinventarla según nuestros criterios, sino a amarla, servirla y dejarnos conducir por ella con la confianza de quien sabe que el Señor continúa guiándola por la acción del Espíritu Santo. Solo desde esta actitud de humildad y comunión los carismas conservan toda su fuerza y pueden convertirse en un verdadero don para el Pueblo de Dios.

En este momento de la historia, el ministerio del **papa León XIV** nos recuerda de manera particular esta llamada a custodiar la unidad de la Iglesia. En sus palabras, en sus gestos y en sus continuas invitaciones a caminar juntos resuena el deseo de Cristo: que sus discípulos permanezcan unidos para que el mundo crea.

También la Familia Franciscana está llamada a colaborar activamente en esta tarea, siendo fermento de comunión en la Iglesia, tendiendo puentes allí donde surgen divisiones y viviendo el propio carisma siempre en plena sintonía con el Sucesor de Pedro y con los pastores de la Iglesia.

San Francisco quiso dejar a sus hermanos una recomendación que sigue iluminando a toda la Familia Franciscana y a toda la Iglesia: **«Y todos los hermanos sean católicos, vivan y hablen católicamente»** (Regla no bulada, XIX, 1). Hasta el próximo capítulo.

Que el Señor nos conceda vivir siempre en comunión con su Iglesia. Paz y bien.

Go! Franciscan Youth Meeting «Ve y repara mi Iglesia»

Del 3 al 6 de agosto miles de jóvenes en Asís **La JMJ Franciscana**

El Papa ha respondido en Asís a tres preguntas: cómo dar testimonio entre los jóvenes, cómo dar un 'sí' radical a Dios y por qué tantos heridos por la Iglesia son incapaces de verla como una Madre.

León XIV invita a los jóvenes a acoger el Evangelio sin descuentos

Media hora de vuelo en helicóptero y el papa León XIV llegó a Asís para asistir al Encuentro Juvenil Franciscano

¡Vamos! 2026'. La JMJ de los jóvenes de la Orden, que tiene lugar en la plaza de Santa María de los Ángeles, comenzó poco antes de las 09:00 horas después de que el Pontífice saludara a los representantes públicos de la región y a los líderes de la congregación.

El Padre Marco Vianelli, ministro provincial de los Frailes Menores de Umbría y Cerdeña, fue el encargado de dar la bienvenida al Papa agustino a este acto en medio del octavo centenario del tránsito de san Francisco, que ha reunido a miles de jóvenes de toda Europa.

"Ser testigos de Cristo sigue siendo fascinante y exigente, porque abre la mente y el corazón más allá de las fronteras artificiales, es decir, más allá de los miedos provocados por la desinformación y los muros del prejuicio". "Alejarse de la cultura del poder y construir la civilización del amor no se comprende ni se acepta de inmediato" "la radicalidad evangélica, que es lo contrario del fundamentalismo: no los vuelve ciegos ni



violentos, sino sensibles, atentos, siempre en el seguimiento de Jesús y, por tanto, humildes y acogiendo a todos. No es fácil, pero da mucha alegría".

"La Iglesia es una asamblea de hermanos, a la que todos están invitados".

"Den testimonio de este estilo en todas partes, especialmente en un tiempo en el que la tecnología hace que sea más difícil que las personas de carne y hueso compartan entre sí"; san Francisco "descubrió que elegir la pobreza puede acercar a los alejados, fomenta el encuentro e invita al intercambio de dones. Así, intuyó que el Evangelio no se puede separar de las decisiones de Jesucristo". "La alegría evangeliza más que las palabras, y no se puede ocultar".



El Papa León, que presidió la Eucaristía del 6 de agosto. Su cercanía y sus palabras confirmaron a los jóvenes en la fe, animándolos a descubrir en San Francisco un modelo plenamente actual para seguir a Jesucristo y anunciar el Evangelio en el mundo de hoy.

Un pequeño grupo de jóvenes procedentes de diversas partes de España, ha participado del 2 al 6 de agosto en el Encuentro Europeo de Jóvenes Go Assisi, **una experiencia de fe y fraternidad** vivida con intensidad en el marco del VIII Centenario del Tránsito de San Francisco.



CONSEJO REGIONAL
REUNIÓN DE TODOS LOS
MINISTROS DE LA FRATERNIDAD
REGIONAL
12 SEPTIEMBRE 2026
Santa Catalina

ENVIAR CUESTA MUCHO DINERO
COLABORA TAMBIÉN CON DINERO
ES50 0182 1471 0902 0153 0965

 **UNIDOS A VENEZUELA**
CAMPAÑA



VARIAS FORMAS DE COLABORAR:

- NECESITAMOS DINERO PARA LOS ENVÍO DE MEDICINAS Y TRATAMIENTOS ESPECIALES
Número de cuenta: BBVA ES50 0182 1471 0902 0153 0965
Titular: CONSEJO PASTORAL DE LA ORDEN FRANCISCANA SEGLAR ZONA ANDALUCÍA
Concepto: VENEZUELA
- NECESITAMOS MEDICINAS
Orden Franciscana Seglar de Andalucía C/ Cervantes nº9, 41003 Sevilla.
Información: ayudaofsmedicinasvenezuela@gmail.com

ORDEN FRANCISCANA SEGLAR ANDALUCÍA.

UNIDOS A VENEZUELA
ADQUIERE PRODUCTOS EN LA FARMACIA O PARAFARMACIA
Prepara los blíster con su prospecto y una goma (sin caja)
Envíalos a la Orden Franciscana Seglar de Andalucía
C/ Cervantes, 9 41003 SEVILLA
ayudaofsmedicinasvenezuela@gmail.com

2026 Septiembre

Lu	Ma	Mi	Ju	Vi	Sá	Do
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

Septiembre no es el séptimo mes sino el noveno, dejamos atrás los rigores del verano; empezaremos el otoño y también un nuevo curso lleno de ilusiones renovadas, de esperanza, de recomenzar el camino, corregir y avanzar.

Vivir con entusiasmo la vocación quizá sea tú propósito. Pero siempre de la mano de María.

PAZ Y BIEN EN EL SEÑOR

